

cláusulas condicionales; y al punto levantando el catolicismo su oriflama, anuncia al universo que Jesucristo ha mandado de lo alto de los cielos, que reina y que es vencedor. Bolonia habia abierto las puertas al mas santo Pontífice; y la unidad se afirmaba en el mundo cristiano.

La derrota de Leipsick vino á cerrar los anales de tantas conquistas. Mientras que Pio VII, que habia vuelto triunfante á la capital de sus Estados, dirigia á su voluntad la nave de Pedro entre las olas tumultuosas de los pensamientos humanos, su perseguidor iba á morir de remordimientos y de tedio en una isla remota. Su trono se habia hundido, y sobre sus ruinas se levantaba el de la flor de lis. La Francia logró ver otra vez á sus antiguos reyes; y el catolicismo, siempre invariable, no cesaba de caminar en las vias de la *tolerancia y del progreso*. El espíritu público, todas las necesidades de la nacion estaban satisfechas. Un puñal regicida vino á sumergir á la Francia en el luto; pero la Religion acudió á enjugar sus lágrimas y calmar sus agudos dolores. Al autor de la carta acababa de suceder aquel noble monarca, cuyas tristes cenizas descansan lejos del sepulcro de sus abuelos. Bajo su cetro parecia que lo presente habia encontrado seguridades, y lo futuro sus esperanzas. La libertad, lejos de eclipsarse, se embellecia con el esplendor de su diadema; y en presencia del pacto de familia, imponente á la par que regenerador, aparecieron reunidos en perfecta ar-

monía en Reims la santidad de los altares y las garantías de los pueblos. Las faltas de diversos ministerios y la resistencia de las cámaras, produjeron la catástrofe que hundió el trono de la rama primogénita de los Borbones. ¡Qué entendimiento, por penetrante que fuese, hubiera podido leer desde entonces en las páginas de lo futuro la larga serie de acontecimientos de que hemos sido testigos hasta el dia! “La Providencia, ha dicho con grandísima fuerza de razon el señor Guizot, no está sujeta á estrechos límites: no se inquieta por sacar hoy la consecuencia del principio que sentó ayer: ya la sacaré dentro de siglos, cuando haya llegado la hora: y por raciocinar lentamente segun nosotros, no es menos segura su lógica.”

De pronto fermentó un espíritu de rebelion en el seno de la Europa: parecia que se respiraba un aire inflamado: ruidos soterráneos, presagios siniestros de nuevas y deplorables calamidades aturdián los oidos. Cualquiera hubiese dicho que estábamos amenazados de aquellas sacudidas violentas, que no solo derriban aldeas y algunas ciudades, sino que arrancan de cuajo antiguos y sólidos imperios. Creyóse que aparecian las sombras formidables de 1789, para recobrar en un dia todo el terreno de que parecian desposeidas para siempre. Cada cual temia menos por su libertad y por su vida que por la Religion en Francia, no porque pueda ser destruida, sino perseguida y trasportada como una nube fecunda á climas mas dichosos. Se conocia el en-

carnizamiento inconcebible del directorio y de la convencion para perseguir con su ódio las creencias religiosas, y todos los hombres de orden se presentaban ó á huir como en otro tiempo del suelo asolado de la patria, ó á perecer degollados al pié de los altares en señal de fidelidad. Algunos ignorando, á lo que me parece, que la verdadera libertad consiste en el cumplimiento de todos sus deberes, é impelidos por un amor desenfrenado de la independencia, llevaron el ódio á toda autoridad hasta el fatanismo, y lejos de edificar no supieron mas que destruir. No volveremos á trazar el cuadro affictivo de los duros golpes dados al catolicismo con la misma hacha que habia roto los grados del trono hundido, ni los lamentables dolores que se exhalaban de las bóvedas de los templos santos profanados y de entre la ruina de los simbolos abatidos de la fé cristiana. El catolicismo siempre *uno*, pero *tolerante*, á ejemplo de su divino Fundador, no proferia mas que palabras de resignacion y de perdon: para confirmar la fé de los débiles, parecia que repetia con el profeta: Mis enemigos me han acometido muchas veces; pero no han podido vencerme jamas.

La Providencia se burló de la falsa sabiduría, y dirigia los acontecimientos de tal suerte, que todos los pensamientos de esta quedaron confundidos. Un rey de raro valor y de vastas y profundas miras, á quien la Providencia ha protegido tantas veces y tan milagrosamente, y una reyna piadosa,

siempre madre de los pobres y siempre probada con crueles sobresaltos, debian preservarnos de tantos peligros y ser una prenda poderosa de la seguridad futura. El poder conservador, espuesto sin cesar á las pasiones de la multitud, y siempre en visperas de ser derribado por el choque de las fracciones, pero tranquilo á presencia de tan grandes acontecimientos y confiado en lo futuro, ha triunfado hasta el dia de las divisiones intestinas. Trabajando eficazmente la Francia para emancipar la Religion del yugo de hierro que la revolucion queria hacer pasar sobre nuestras cabezas, ha permanecido *católica*. El catolicismo no cesa de manifestarse entre nosotros con todos los tesoros de su magnificencia, *uno y tolerante, invariable y favorable al progreso*.

No hablaremos aquí de las tentativas de nuestros filósofos *humanitarios*, para sustituir una religion nueva á la que diez y ocho siglos há corresponde tan bien á las necesidades del entendimiento y del corazon del hombre, y á su destino social. Los discipulos de Fourier y de San Simon no han sido mas que huéspedes de un dia, sentados al banquete social para aterrarse con su tránsito. Su memoria ha perecido, y la verdad desconocida ha recobrado sus derechos. Una Iglesia llamada católica francesa debia con grande escándalo de la humanidad, presentar en la escena del mundo y bajo las formas mas innobles, lo mas sagrado y respetable que tiene la sola Iglesia verdadera. Rompiendo con las tra-

diciones de lo pasado no admite mas que simples reglas de opinion. Pero el catolicismo no ha padecido menoscabo alguno, por esos sarcasmos rencorosos y esas parodias sacrílegas. A fin de no darle importancia ha desviado de ella sus miradas, y dejándole la triste libertad, tal como Dios la deja á la injusticia, de escribir en su bandera desplegada *falta de toda creencia*; y tolerante, si pudiera decirse, para con esa nueva torre de Babel hasta el esceso, no cesa de deplorar la pérdida de aquellos á quienes el error ha seducido. Era inminente un cisma para el siglo XIX. El que hasta el año de 1830 se habia mostrado en la brecha con la fuerza de un leon para defender la Ciudad Santa, ó como un muro inespugnable levantado para preservarle de los golpes que se le dirigen, flaquea y á poco solo deja ver vastas ruinas. De los principios de una teocracia absoluta pasa á los de una democracia sin límites. La autoridad, dice él no es mas que una palabra, y llama tiranía á toda potestad. La libertad en sus escritos es sinónimo de licencia, y en nombre de la razon individual instiga á la insurreccion. Quiere imponer á la Iglesia otra constitucion que la suya, y entronizar una gerarquía nueva. Alternativamente ensalza la razon sobre la fé, ó corrompe la fé para coordinar sus luces con las de la razon. Confunde todas las nociones admitidas de derechos y de deberes: sofista hábil en sus pruebas, oscuro en su lenguaje fogoso amenazaba demolerlo todo para reedificar segun

decia; pero la centinela que vela y no duerme jamas sobre la nave de Pedro, levantó la voz. Entouces como siempre el catolicismo se mostró tan inviolablemente adicto á la *unidad* de doctrina, como al espíritu de tolerancia y de caridad que le anima. El Sumo Pontífice á quien el Señor ha dado, como en otro tiempo á su profeta, una frente de bronce para resistir á los que tienen la frente de piedra, habia hecho presentir ya todo su pensamiento; y habia emanado una primera encíclica de la Santa Sede. El Papa habia felicitado á uno de los secuaces de la doctrina de Lamennais porque no tomaba ya ninguna parte en ella, y á poco la condenó como absurda y soberanamente injuriosa á la verdad católica. El celo de aquel cuya caída deploramos tan amargamente, le habia grangeado el título de padre de la Iglesia por parte de algunos admiradores: su obstinacion le valió el de apóstata en la boca de todos los cristianos. ¡Oh! ¡que no podamos con votos ardientes y amargas lágrimas y aun á costa de nuestra vida conseguir una gracia eficaz del Eterno que le restituya al aprisco!

Así el catolicismo, á veces tan desconocido y otras muchas tan mal juzgado, lejos de ser el centro inflexible del despotismo y de la inmovilidad, es el *tipo* mas perfecto de una sociedad progresiva destinada á la conquista pacífica de la libertad bajo el estandarte de la fé. Es el elemento de la civilizacion moderna como lo fué en tiempos pasados. No puede haberse olvidado su gran parte de

influencia sobre las instituciones y costumbres de los pueblos. Los anales de las naciones están abiertos á las miradas de todos, y nadie puede negarlo con justa razon. Sabido es cuánto ha hecho nuestro venerable Pontífice colocado en la silla de Roma, á favor de los negros (1). Su voz se levantó fuerte y poderosa para resonar en todo el mundo cristiano, á fin de que toda criatura sea llamada á gozar del beneficio de la libertad de los verdaderos hijos de Dios. Y si sorprende la unidad que reina en las civilizaciones que han precedido á la de la Europa moderna, ¿no queda uno mas sorprendido cuando considera esta? ¿No es evidente que en la civilizacion de los diferentes estados de Europa se descubre cierta unidad que dimana de hechos casi idénticos, á pesar de las grandes diferencias de tiempos, lugares y circunstancias, que se refiere á los mismos principios, y que tiende á producir poco mas ó menos resultados análogos en todas partes? Tiene alguna unidad, y sin embargo, no es menos prodigiosa su variedad. Los rasgos de su fisonomía están diseminados. Ella ofrece ejemplos de todos los sistemas y de todos los ensayos de organizacion social que ecisten unos junto á otros. A pesar de su diversidad tienen todos cierta semejanza y cierto aire de familia que es imposible desconocer. Si es inferior, dice el señor Guizot, al adelantamiento correspondiente en las civiliza-

(1) Encíclicas de 1839 y 1840.

ciones antiguas, cuando se considera el conjunto, la civilizacion europea aparece incomparablemente mas rica que ninguna otra, porque ha producido á un tiempo muchos mas adelantamientos diversos: de quince siglos á esta parte no ha cesado de crecer su progreso." "La civilizaci6n europea, continúa el mismo escritor, ha entrado, si es permitido decirlo, en la eterna verdad, en el plan de la Providencia, y marcha segun las sendas de Dios". Este es el *principio racional* de su superioridad. La Providencia da un paso y han trascurrido siglos. ¿Cuánto tiempo, cuántos acontecimientos, antes que la generacion del hombre moral por el cristianismo haya ejercido su grande y legitima influencia sobre la generacion del estado social! Sin embargo lo ha logrado: ¿quién puede desconocerlo hoy? Así apenas hay una idea grande, un principio de civilizacion, que para estenderse por todas partes no haya pasado primero por la Francia. ¿Por qué? Porque la Francia ha permanecido católica.

A nuestros ojos la salvacion y la gloria de la humanidad están en la union de la inteligencia y del sentido, del raciocinio y de la accion, de la ciencia y de la fé, en el perfecto acuerdo entre el clero que continúe desempeñando su mision de las sublimes y saludables doctrinas de la Iglesia en medio de los pueblos, y la universidad que cultive los entendimientos y difunda las ciencias humanas en armonía con la fé y la caridad, en la completa

concordia del poder espiritual con la potestad temporal, cada uno colocado dentro de la esfera activa de sus atribuciones; pero prestándose un concurso franco y leal en los objetos mistos sin ninguna repugnancia y sin desconfianza recíproca; por último, en la reunion de estos diversos elementos del movimiento social. Semejante orden de cosas presentaría á todos los hombres, creyendo y amándose, felices por la armonía de la verdad y de la caridad, que haría de todos un solo corazón y una sola alma. Y tanto mas viva y fuerte será la fé, cuanto que la mayor parte de aquellos volverán á ella despues de haber apurado todos los errores.

¿Qué obstáculos, pues, podrian oponerse á esta fusion, cuya necesidad se siente cada día con más urgencia en la sociedad? Se desea una union, una conciliacion, una transacion: esta es la palabra que hemos oido repetir despues de algunas discusiones sobre puntos importantes de dogma religioso y de ciencias sociales, y nadie quiere dar un paso adelante. La filosofia se esfuerza para mantenerse firme: los cultos disidentes se observan; y la economía política de los pueblos quiere volar con sus propias alas. Permítasenos juzgar, segun el débil alcance de nuestra inteligencia, de estos diversos elementos de organizacion social y de las relaciones que podrian establecerse con la fé cristiana. Siendo la obra de Dios debe ser siempre el alma de las obras del hombre, á no que se condenen estos á ser unos cadáveres secos, privados de sentido y de vida.

¿Y por qué? ¿No se podría á la luz de la antorcha de la fé ir á beber en la fuente de las artes, de las letras y de toda ciencia, aquel entusiasmo que nos eleva á la contemplacion de lo verdadero y lo bello? ¿Ir á la conquista del mundo sensible por medio de la libertad y de la inteligencia? La religion, lejos de combatir la industria, la comprende y la refiere á unos principios que dominan á los que la economía política abona. En vez de cortar las alas al arte le sigue en su vuelo, mide su alcance y objeto, y como hermana de la verdadera filosofia, ilustra á aquel y le fecunda.

## CAPITULO VII.

### DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LA FILOSOFIA DEL SIGLO XIX.

*Resúmen de los capítulos precedentes.—Diversos puntos de vista bajo los cuales considera al catolicismo la filosofia del siglo XIX.—En vez de individualizar generaliza.—De su propension á sustituir la razon universal á la revelacion.—Opiniones de nuestros filósofos en esta parte.—La soberanía de la razon universal resume todos sus sistemas. Pruebas en apoyo.—Sin embargo, el elemento moral se reconoce indispensable á la sociedad.—Consecuencia en favor de la alianza de una verdadera filosofia con el catolicismo.—Juicio de la teoría de la soberanía*